


**Aproximación teórica a la retórica deconstruccionista de textos perlocutivos
divergentes**

Jerónimo Alayón

Universidad Central de Venezuela

jeronimo.alayon@ucv.ve

 orcid.org/0000-0002-1668-9127

Nota del Autor

Profesor adscrito a la Unidad Docente de Lengua Española del Departamento de Enseñanzas Generales de la Facultad de Ingeniería, Universidad Central de Venezuela.

Teléfonos: +58 212 605 3027 y +58 212 605 0260.

Este trabajo fue financiado por la Universidad Católica Cecilio Acosta (Venezuela) y Sophia University Institute (Italia).

Cualquier correspondencia sobre este artículo debe ser enviada a Universidad Central de Venezuela. Apartado postal 54012. Caracas 1053, DC. Venezuela. E-mail:

jeronimo.alayon@ucv.ve

Resumen

El presente estudio tiene por finalidad efectuar una exploración teórica de una retórica deconstruccionista desde la cual aproximarse a *textos perlocutivos divergentes* del poder, entendidos como tales aquellos en los que abundan actos de habla perlocutivos, y cuya semántica extensional/intensional, siendo desviacional, plantea ciertos problemas de procesamiento por el uso anfibológico del discurso, en unos casos, y por el empleo de tropos manipulados, en otros casos, a fin de desbordar las posibilidades semánticas del signo textual, más específicamente en el discurso demagógico.

Para ello, se han revisado las fuentes pertinentes, se las ha contrastado entre sí y se las ha sometido a un análisis integrador, procurando trasvasar armónicamente al enfoque de la retórica general textual (Albaladejo y Arduini) las nociones filosóficas de *inmanencia discursiva* y *ceguera del método*, de Paul de Man, *logos de las cosas mudas*, de Hofmannsthal, y *ocultamiento de la textura*, de Derrida. Se trata, por tanto, de un enfoque ecléctico que carece de taxonomías categoriales con las cuales parametrizar una aproximación crítica al discurso. El constructo teórico logrado permitirá desarrollar posteriormente un método para interpretar textos perlocutivos divergentes desde la trascendencia textual y respetando la equívocidad propia de tales textos desviacionales.

Tratándose de un enfoque no logocéntrico, la retórica deconstruccionista no parte de la necesidad de conseguir semiosis unívocas, sino que se instala en la posibilidad más plural del signo textual, ventaja significativa al momento de aproximarse a ciertos textos paradójicos y polisémicos del poder que son generados más como expresión de la *potestas* que de la *auctoritas*. Ante este tipo de construcciones, la retórica estructuralista decodificaba el texto en términos de operaciones constituyentes de discurso, pero no alcanzaba al *desenmascaramiento metafísico* de tales textos, lo que sí puede lograr la crítica retórico-deconstructiva, ya que parte de la base de respetar la amplitud de la lógica semántico-intensional y extensional y, al mismo tiempo, permite interpretar, pese a su equívocidad, el sentido más relevante de un texto divergente.

Palabras clave: retórica deconstruccionista, textos perlocutivos divergentes, textos desviacionales, anficentrismo, desocultamiento retórico.

Abstract

The objective of this study is to carry out a theoretical approach to the rhetorical-deconstructionist analysis of divergent perlocutionary texts. To achieve the objective, the appropriate sources have been reviewed, contrasted and subjected to an integrative analysis, to find possible connections. We have chosen an eclectic approach and have brought together some of the tools of textual linguistics, pragmatics and rhetoric, with a deconstructionist perspective. The theoretical construct achieved would allow to begin to systematize a method to interpret divergent perlocutionary texts, from the textual transcendence and respecting the equivocality of such oblique texts.

Keywords: deconstructionist pragma-rhetorical analysis, divergent perlocutionary texts, deviational texts, amphi-centrism, rhetorical revealing.

Aproximación teórica a la pragmarretórica deconstruccionista de textos perlocutivos divergentes*

La retórica ha sido durante siglos —después del enfoque aristotélico— un arte en cuanto que producción textual y una ciencia en tanto que procesamiento crítico del texto (Albaladejo, 1991). Con la publicación del *Cours de linguistique générale* (1916), de Ferdinand de Saussure, los estudios críticos del discurso, en general, y los de la retórica, en particular, experimentaron una sistematización lingüística que favoreció la aparición —hacia el tercio finisecular— de la neoretórica (García Berrio, 1984), cuya estrecha relación con el estructuralismo apuntaría a la creación de «une science de la littérature qui sera une rhétorique assouplie et enrichie permettant de rendre compte de toutes les structures internes, riches et complexes, de l'œuvre littéraire, et qu'elle réussira ainsi d'une manière plus générale là où l'esthétique classique a échoué» (Kibedi, 1970, pág. 138).¹

El enfoque de Kibedi deja en evidencia el instrumental retórico del que echa mano la poética lingüística, más específicamente, estructuralista,² que —recuérdese bien— hace especial énfasis en la semiosis oculta del signo mediante la disección estructural de este (Culler, 1975). Ahora bien, la retórica postestructuralista superó dicho enfoque —que podría denominarse constructivista en orden al modo como se van *construyendo* las inferencias perlocutivas del texto— para avanzar hacia un modelo menos logocéntrico y menos inmanentista.

* Una versión abreviada de esta ponencia fue presentada el 5 de septiembre de 2024 en el IV Encuentro Iberoamericano de Retórica y I Congreso Internacional de la Sociedad Española de Retórica, celebrados los días 4, 5 y 6 de septiembre de 2024 en la Universidad de Alicante, España.

¹ «Una ciencia de la literatura que será una retórica amplia y enriquecida que permita dar cuenta de todas las estructuras internas, ricas y complejas, de la obra literaria, y que así triunfará de manera más general allí donde fracasó la estética clásica». Traducción del autor.

² Si bien se suele asumir la poética lingüística como estructuralista, lo cierto es que dentro de aquella habitaban varias corrientes como, por ejemplo, cierta crítica idealista que, aun manteniendo los estándares cientificistas en torno a la literariedad, dejaba abierto, sin embargo, el paso a la especulación filosófica, tal es el caso de Claude Lévi-Strauss, quien fue acusado por Marvin Harris de mostrar «desinterés por las teorías contrastables» (Harris, 1979, pág. 188). Este estudio se plantea reconectar cierto rigor cientificista de la pragmarretórica con la especulación filosófica posestructuralista.

Del variopinto panorama de las retóricas posestructuralistas, interesa centrar la mirada en la de carácter deconstruccionista, manteniendo a la vista la consideración hecha por Albaladejo respecto de «la colaboración entre retórica y análisis literario, firmemente establecida» (1991, pág. 177), con lo cual se debe leer entre líneas cierto abandono que la retórica deconstructivista hizo de los textos no literarios, especialmente los vinculados al poder, y de los que la escuela del *Critical Discourse Analysis* se ocuparía más tarde, sin poner mayor énfasis en el análisis retórico.

Lo que se pretende con este estudio es efectuar una aproximación teórica al análisis retórico-deconstruccionista de textos perlocutivos divergentes.³ Se estaría hablando, por tanto, de una *pragmarretórica deconstruccionista*, puesto que, de una parte, se mantiene el acervo conceptual que analiza y categoriza la dinámica pragmalingüística entre la competencia y la actuación comunicacionales y, de la otra, se pretende abrir, aún más, el signo textual en tanto que objeto retórico de estudio para extraerlo de toda consideración logocéntrica, de modo que se pueda llevar a cabo —en posteriores estudios— una aproximación sin imperativos categoriales a las posibilidades de desenmascaramiento de los textos retórico-divergentes, con particular acento en los del discurso paradójico del poder que dibuja/enmascara categorías de seudofraternidad.⁴

Cuestiones Conceptuales Críticas

Lo primero que se debe resaltar es que la retórica deconstruccionista no es un corpus teórico sistemáticamente estructurado, sino un trasvase de las teorización filosófica de

³ En este estudio se define como *textos perlocutivos divergentes* aquellos textos retóricamente persuasivos en los que la semántica intensional y la extensional es desviacional, habida cuenta de un deliberado enmascaramiento de estas.

⁴ Un claro ejemplo de seudofraternidad es la evolución de la noción *Lebensraum* ('espacio vital'). Acuñada a mediados del siglo XIX por el biólogo alemán Oscar Peschel y metaforizada más tarde por el geógrafo Friedrich Ratzel como 'espacio vital de una sociedad', su semántica intensional fue manipulada por el nazismo como 'espacio vital pangermánico', estableciendo como primer referente de su lógica extensional la anexión de Austria. El terror de Estado ejercido sobre Austria, sin embargo, no difirió del aplicado al ámbito eslavo, germanizado a la fuerza, de modo que los que se suponían acogidos bajo el paraguas del pangermnismo terminaron tan excluidos como los que naturalmente ya lo estaban. Otro tanto ocurre con las nociones *pueblo* y *colectivo* en los populismos de izquierda y derecha.

Jacques Derrida al campo de los estudios retóricos (Pozuelo Yvancos, 1988),⁵ con lo cual se observa una característica inherente a la retórica deconstructiva: no hay una taxonomía categorial con la cual parametrizar una aproximación crítica al discurso, de modo que, en el caso de aquellas discursividades en fuga semántica como las de los textos demagógicos, por ejemplo, resulta un método de análisis cuya adaptabilidad *permite más fácilmente el desenmascaramiento de los sentidos paradójicos*.

Al tratarse de un enfoque no logocéntrico, la retórica deconstruccionista no parte de la necesidad de conseguir semiosis unívocas, sino que se instala en la *posibilidad más plural* del signo textual, ventaja significativa al momento de aproximarse a textos que, si bien no entran en el paradigma de una gramática desviacional (Aguilar, 2012), plantean ciertos problemas de procesamiento por el uso anfibológico del discurso, en unos casos, y el empleo de tropos manipulados, en otros casos, a fin de desbordar las posibilidades semánticas del signo textual.

Otro aspecto a tener en consideración es la natural paradoja que habita al interior de la crítica deconstructiva. Si la deconstrucción no es logocéntrica ni se enfoca en la univocidad del habla, pareciera estar negando, tan solo en apariencia, la posibilidad de un consenso en el procesamiento crítico-textual, esto es, luce a primera vista como un instrumento idóneo a una *escritura* retórica, pero inefectivo para el análisis de esta. Dicha contradicción, sin embargo, opera solo en la estructura superficial del enunciado, pues en la profunda apunta a la deconstrucción lógica de aquel y su categorización retórica.

Es justamente este aspecto el que más atrae como vía de aproximación a los textos paradójicos y polisémicos del poder, toda vez que estos suelen ser generados más como expresión de la *potestas* que de la *auctoritas*,⁶ con lo cual aquellos terminan imponiendo

⁵ La razón de ello es que Derrida desarrolló un método filosófico de aproximación a la realidad —a la que, ciertamente, pertenecen el texto y la metáfora—. Sin embargo, sigue siendo una asignatura pendiente la sistematización de un corpus teórico coherente, un método retórico-deconstructivo que, si bien pueda propender a la pluralidad de sus procedimientos, también ponga en evidencia cierta estructura teórica de soporte a la metodología.

⁶ En la Roma clásica, el sistema de poder tenía tres maneras de ejercerse: el *imperium*, la *potestas* y la *auctoritas*. El *imperium* estaba reservado a los cónsules y procónsules, esto es, a quienes ejercían el poder y el mando de manera absoluta. La *potestas* la detentaba cualquier funcionario con poder suficiente como para imponer decisiones por coacción y haciendo uso de la fuerza bruta. La

como *verdaderas* ciertas categorías que son *construcciones* epistémicas y metafísicas que responden a intereses no siempre ostensibles. Ante estas construcciones, la retórica estructuralista apenas decodificaba el texto en términos de operaciones constituyentes de discurso (Aguilar, 2004), pero no alcanzaba a lograr el *desenmascaramiento* de tales textos, lo que sí puede lograr la crítica deconstructiva.

En otro orden de ideas, se enfrenta la cuestión —no menos espinosa— del *grado cero de la escritura*. ¿Es posible una escritura neutra, no modal, por ejemplo, en la discursividad del poder? A primeras luces cabría responder negativamente, pero ¿acaso no existe, por ejemplo, una suerte de populismo neutro, en el que los productores textuales eluden a toda costa quedar identificados con alguna de las dos facciones políticas en pugna, a fin de presentarse como operadores políticos honestos e independientes —incluso mediadores—,⁷ situación muy propia de sociedades polarizadas ideológicamente?

Ahora bien, ¿cómo analizar estos textos si sus significantes desbordan los límites semánticos del discurso? La pragmarretórica deconstructiva puede, en todo caso, aproximarse a tales signos textuales respetando su paradójica y multiforme semiosis, y procurando el desenmascaramiento de los valores sígnicos de aquellos en función de las «tensiones lógicas» del discurso (Man, 1990, pág. 20).

La manera como Paul de Man centra el análisis retórico en la ironía, los tropos y la alegoría resulta axial al presente estudio no solo por la relevancia que tiene en su obra el tratamiento de la *elocutio* retórica (Lentricchia, 1990), sino porque aquellos son esenciales en el aplazamiento de la univocidad discursiva que suscita la polisemia textual.⁸ Para el crítico belga, el carácter indecible de la retórica trópica —a propósito de Lukács— obedece a que «en el plano de la conciencia irónica, en el que todo es discontinuo, enajenado y

auctoritas, por el contrario, se correspondía con el prestigio moral, honor y reconocimiento de quien administraba el poder. Esta última se casaba con el *ethos* del orador en la retórica clásica.

⁷ Queda también el asunto de la imposibilidad del grado cero, planteado de algún modo por John Hillis y Paul de Man (Aguilar, 2012), que haría de la ausencia semántico-extensional, paradójicamente, una significación, un vacío significativo.

⁸ Al respecto, se recomienda la lectura de dos obras capitales de Paul de Man: *Alegorías de la lectura: Lenguaje figurado en Rousseau, Nietzsche, Rilke y Proust* (1990) y *Visión y ceguera: Ensayos sobre la retórica de la crítica contemporánea* (1991).

fragmentario, la declaración permanece tan implícita y profundamente escondida en el error y en el engaño que no puede llegar al plano de una afirmación temática» (Man, 1991, págs. 117-118).

En tal sentido, los actos de habla perlocutivos con los que se construye la elocución trópica de algunos discursos de poder ofrecen la dificultad de enmascarar ciertas dimensiones de la semántica extensional, para lo cual el productor textual manipula conscientemente la lógica intensional del texto. Si bien la pragmalingüística —especialmente en los ámbitos de la teoría de la cooperación de Paul Grice y la teoría de la relevancia de Sperber y Wilson— aborda con suficiente solvencia crítica el procesamiento de textos desviacionales,⁹ la retórica deconstructiva (por su profundidad y versatilidad) logra un plus de desenmascaramiento de ciertos textos desviacionales del poder que no alcanza aquella.

Podría decirse, pues, que la pragmalingüística es logocéntrica e intenta conducir el esfuerzo procesual hacia la univocidad, en tanto que la *pragmadeconstrucción retórica* explora en la profundidad de la equivocidad. Por consiguiente, no bastan la *ostensión* y la *inferencia* para procesar determinados discursos perlocutivos —en los que los actos de habla escinden la semiosis— si no se dispone de un instrumental apto para *desocultar* la dinámica divergente entre semántica intensional y extensional.

⁹ En *La pregunta por la cosa* (1985), Heidegger reflexiona —podría decirse— sobre el valor intensional/extensional del lenguaje, y ofrece un ejemplo que se podría tomar como antonomástico del modo de abordaje pragmalingüístico de los textos desviacionales. El profesor alemán ha escrito sobre un papel lo siguiente: «Aquí está la tiza», y lo coloca al lado del susodicho instrumento de escritura. Al abrir la puerta del salón de clases, una corriente de aire vuela el papel hasta depositarlo en el suelo del pasillo. Un alumno pasa y lo lee extrañado. Es evidente que ambos textos no tienen la misma semántica extensional y que, al cambiar de enunciatario, también ha variado el contexto, de modo tal que la comunicación ostensivo-inferencial es distinta en ambos casos. Heidegger, no obstante, en un sentido irónico, ha dicho casi al final del pasaje: «Es notable que una verdad dependa de una corriente de aire» (Heidegger, 1985, pág. 30). La diferencia entre este texto desviacional y el del papel en el pasillo es que la lógica intensional de aquel ha sido construida retóricamente buscando una semiosis divergente por ironía. Hay, por tanto, un *ocultamiento deliberado* en la ostensión enunciativa que debe resolverse en un procesamiento retórico-deconstructivo. Por cierto, valga acotar que el texto irónico de Heidegger ha generado debates académicos por el carácter anfibológico de su construcción, así que una competencia inferencial bien educada puede no ser suficiente ante cierta clase de textos disémicos y polisémicos.

Paul de Man y la Ceguera del Método

En el ensayo que hemos mencionado en la nota 8, *Visión y ceguera: Ensayos sobre la retórica de la crítica contemporánea* (1991), Paul de Man analiza *Teoría de la novela*, de Lukács, proponiendo que al interior de la obra subyace una contradicción, un oxímoron en el que «el lector recibe los elementos de juicio para descifrar la verdadera trama que se esconde tras la trama engañosa; el autor, en cambio, permanece ciego en el autoengaño» (pág. 118). Lo que plantea Paul de Man es que el crítico parece condenado a decir algo distinto de lo que quiere decir, momento en el que surge una visión por virtud del lenguaje y a causa de que,¹⁰ si bien el lenguaje del crítico logra acercarse a dicha revelación, su «método permanece ciego a la percepción de esta» (1991, pág. 120).

Interesa el soporte teórico de Man porque —en el marco de este estudio— permite alejar la crítica textual de la inmanencia del lenguaje, es decir, favorece un punto de fuga entre la *visión* y el *insigth* que coloca los límites de la semiosis más allá de los límites del lenguaje, lo que es un avance respecto del enfoque wittgensteiniano toda vez que, entre el mundo y el lenguaje con que se lo nombra, cabría la posibilidad de una dimensión inestable que podría denominarse *sfumato semiótico*, suerte de nebulosa signica donde la semántica extensional podría colapsar.

La pragmarretórica deconstructiva puede, incluso en los escenarios más críticos, ofrecer un instrumental que, sistematizado, permitiría la interpretación de un lenguaje que se curva sobre sí mismo al punto de que el doblez de su semiosis podría dar lugar a discursos divergentes, de lo cual se tratará más adelante. Interesa por ahora problematizar la noción demaniana de *inmanencia del lenguaje crítico*:

¹⁰ La fraseología técnica de Paul de Man, un poco como la de Heidegger, ofrece sus dificultades, solo que la de aquel bordea no pocas veces el discurso de un iluminado, sin menoscabo de su brillantez teórica. El crítico belga hablaba de *visión* para referirse a cierta percepción del mundo, en tanto que el *insigth* ('revelación') alude a determinadas intuiciones sobrevenidas en la propia visión. Así pues, *visión* e *insigth* operan conjuntamente, pues en su unidad está interyacente la «luz», término vago en Man, pero que podría entenderse como una iluminación interior: «El lector tiene que deshacer los resultados explícitos de una visión (*visión*) que puede orientarse hacia la luz solo porque, al estar ya ciego, no tiene que temerle al poder de la luz» (Man, 1991, pág. 120). Se puede intuir que subyace a la teoría de la ceguera metodológica de Man la noción heideggeriana de *desocultamiento*, punto de partida del sistema filosófico deconstructivista.

Un texto literario no es un acontecimiento fenoménico al que se le pueda otorgar forma alguna de existencia positiva, ya sea en calidad de hecho natural o bien como acto mental. El texto literario no conduce a ningún tipo de percepción, intuición o conocimiento trascendental, sino que simplemente solicita un entendimiento que ha de ser siempre inmanente, puesto que plantea en sus propios términos el problema de su inteligibilidad. Este campo de la inmanencia forma parte de todo discurso crítico. La crítica es una metáfora del acto de lectura y el acto de lectura es inagotable. (Man, 1991, pág. 121)

En la primera oración de la cita precedente, Man establece con claridad la razón primordial que separa al estructuralismo del postestructuralismo: el hecho de que un texto — en este caso, literario, pero podría igualmente no serlo— no posea una «existencia positiva». Sin embargo, en algún sentido esto no es del todo cierto. Por consiguiente, ¿cuánto del texto —en este caso, perlocutivo y divergente— tiene existencia positiva y cuánto no, puesto que es innegable cierta materialidad del lenguaje?

Efectivamente, todo texto, sea crítico o no, posee una existencia objetiva y positiva, por tanto, fenoménica, al menos en sus dimensiones significantes. En consecuencia, la semántica intensional/extensional del texto escapa a su materialidad y se traslada al campo de las intuiciones. En un sentido medianamente kantiano, esto significa la posibilidad nouménica del signo textual y su imbricación en el *sfumato* semiótico.

No es cierto que un texto pueda demandar «un entendimiento que ha de ser *siempre* inmanente» (cursivas propias), y mucho menos que dicha inmanencia sea también intrínseca y transustancial del discurso crítico que pretende dar cuenta de aquel. Si bien texto y metatexto están cruzados por el lenguaje y pareciera que no pueden escapar de este, no es lo único interyacente entre ambos. Aquí es necesario rescatar la noción llulliana de *afato* (Lull, 1985), «el sentido por el cual aquello que apercibimos se transforma en *lenguaje interior* antes de ser enunciado [...] Desde la perspectiva llulliana, nombrar el mundo es la consecuencia de interiorizarlo y de apropiárselo categorialmente» (Alayón, Prolegómenos a una ontología del lenguaje poético, 2021, págs. 164-165).

Ahora bien, este «lenguaje interior» no está constituido solo por intuiciones sensibles (percepciones) y, por tanto, fenoménicas, sino que una parte de él cursa como intuiciones intelectuales (objetos racionales puros), esto es, de manera nouménica. Es aquí donde subyace la ceguera metodológica de la que habla Man, toda vez que el crítico debe entenderse con un lenguaje exterior que no está escindido de su correlato interior.

Man intuyó la posibilidad inasible de este discurso íntimo, pero absolutizó su inmanencia. Sin embargo, esta no es intrínseca a la posibilidad o no de que un lenguaje metatextual pueda dar cuenta del texto fuente. Además, no siempre el lenguaje logra dar cuenta del lenguaje mismo, y entonces cede paso a otros códigos, a veces inexpresables. En otras palabras, no siempre la *iluminación* se corresponde con un discurso, pero esto corresponde a los límites más remotos del lenguaje, incluso más allá...

Lo que interesa aquí es ajustar entre sí las concepciones demanianas de la *inmanencia discursiva* y la *ceguera metodológica* para después poder articularlas con la pragmarretórica deconstructiva en la interpretación de discursos perlocutivos divergentes. El punto de partida es una inmanencia innegable que opera al interior del discurso cuando la semiosis de este se dobla sobre sí misma, bien porque la semántica extensional de aquel hace de sí, a un mismo tiempo, signo y referente, bien porque entre la semántica intensional y la extensional se opere una divergencia tal que obliga a la crítica a dar cuenta de su lenguaje como el carcelero que, dentro de la misma prisión, informa del reo, o bien porque un texto desviacional transustancie el metatexto al punto de que lo convierta en paratexto.¹¹

Ahora bien, la inmanencia es solo parcial, pues una parte del texto perlocutivo divergente reclama para sí cierta trascendencia discursiva, un lenguaje que pueda dar fe de

¹¹ Este fenómeno, que podría denominarse *paratextualización divergente*, es palmariamente observable en el discurso público de sociedades políticamente polarizadas. Resulta curioso cómo el discurso crítico de operadores políticos de oposición se apropia no solo de préstamos lexicales del discurso «oficial», sino de referentes y modos. En otras palabras, se transustancia la semántica intensional/extensional del discurso crítico de oposición, quizás en un intento de sincronizar con el *pathos* de las bases populares del oficialismo. Se trata de un fenómeno interesante cuyos textos no pueden ser abordados solo con el instrumental de la pragmalingüística. Hay una dinámica de resortes retóricos en tales discursos que obliga a su consideración elocutiva y perlocutiva también desde la *elocutio* y la *dispositio*, para desocultar una semántica intensional que diverge ostensiblemente de la extensional. Aquí, *declaración* y *sentido* se escinden y enmascaran al unísono. Por ello la necesidad de una deconstrucción que informe con solvencia crítica sobre la paradoja textual.

aquel sin ser por completo ajeno a él ni intrínseco. Habría que crear una categoría filosófica para el lenguaje que es a un mismo tiempo inmanente y trascendente, de modo que se pueda salvar la tentación —muy griega, por demás— de quedar atrapados entre los polos de la antinomia.

Así pues, se propone a tal fin el término *anficéntrico* ('que posee ambos centros') para referirse al texto *anfiesencial* ('que posee dos esencias'), esto es, el que comparte a un mismo tiempo como atributos de su esencia la inmanencia y la trascendencia. La propuesta de tal término, claro está, es tan paradójica como los discursos divergentes a los que se pretenderá aplicar en futuras investigaciones.¹²

Por esta vía, será posible superar la ceguera del método de la que hablaba Man, pues desde el instrumental pragmarretórico deconstructivo se podría abordar el *sfumato* semiótico propio del anficentrismo discursivo, solo si el crítico se coloca fuera de la dicotomía inmanencia/trascendencia.

La ceguera metodológica de la que habla Man no tiene que ver tanto con la inmanencia crítica del metatexto respecto del texto fuente —incluso teniendo lugar el presupuesto demaniano de la destrucción de este en proporción a la autodestrucción de aquel— cuanto con cierta incapacidad de poner el texto original en sintaxis con otros *teletextos*.¹³ Siendo una ceguera metodológica, no la origina la inmanencia del texto crítico, sino la ausencia de su trascendencia textual. Se trata, pues, de un *déficit de anficentrismo*, que es muy distinto de afirmar que un discurso crítico sea inmanente por escasez de trascendencia.

¹² No debe confundirse el *anficentrismo* con el principio heraclíteo —y mucho menos junguiano— de *enantiodromía*, esto es, la dialéctica de los opuestos por medio de la cual algo se transforma en su opuesto. Este supone que el ser transforma su esencia en otra opuesta, mientras que el sentido desarrollado en este estudio implica la anfiesencia: dos esencias, no necesariamente opuestas, en un mismo ser.

¹³ Llamamos *teletexto* a todo texto que supera los límites impuestos al texto original por sus transtextos. Así pues, se hace necesario proponer una noción que vaya más allá de las fronteras de la transtextualidad de Gérard Genette (1989), para aludir a aquellos textos que, incluso pareciendo anacrónicos respecto del texto fuente, pudieran cumplir de algún modo con la etimología de *textus* ('trama, tejido'). En tal sentido, la citación en este artículo del *Libro del ascenso y descenso del entendimiento*, de Ramón Llull —a fin de problematizar la noción demaniana de *inmanencia* a partir de la noción llulliana de *afato*—, sería un claro ejemplo de *teletexto*. Está claro que incluso la noción genetteana de *architexto* es restrictiva frente a la que se propone de *teletexto*.

Para Man, el momento de la discrepancia entre la *declaración* del texto crítico y el *sentido* de este es el propicio al *insigth*, pero todo ocurre bardas adentro de la inmanencia. Por el contrario, el *insigth*, la revelación, se da en proporción a la trascendencia del discurso crítico no solo hacia los transtextos, sino con mayor razón hacia los teletextos, operación deconstructiva en la que el instrumental de la retórica, tanto elocutiva como argumentativa, puede favorecer la interpretación. Si ante el *sfumato* semiótico del texto perlocutivo divergente se hace una crítica trascendente, es posible incluso contemplar con solvencia interpretativa la lejana semiosis de los teletextos.

En todo caso, interesa rescatar de Man su honesta angustia intelectual respecto de que el metatexto termine haciendo «decir [al texto fuente] algo diferente a lo que dijo» (1991, pág. 126). Este riesgo de la ceguera metodológica crece exponencialmente cuando se comentan textos perlocutivos divergentes, pues el texto termina transustanciando al metatexto y trasladando a este su divergencia autóctona.

Presupuestos para una ontología anficéntrica de la ausencia textual

La crítica textual parte, muy a menudo, de la presencia y, por tanto, sus coordenadas para parametrizar ontológicamente el texto son las del presentismo, pero el crítico se enfrenta también a un no-texto que habita en el texto. Hay, pues, una semiosis intensional/extensional de la ausencia textual, y esta es particularmente intuible en los textos perlocutivos divergentes. El crítico debe, en consecuencia, colocarse en el punto de fuga del texto divergente para lograr una interpretación más cabal que incluya la máscara del silencio, al menos más honesta que la de las palabras...

El problema de abordar la crítica textual desde una ontología de la presencia es el mismo que el de la dicotomía inmanencia/trascendencia. Con demasiada frecuencia las discusiones académicas se ordenan conforme a un pensamiento lineal y antinómico de herencia griega, de manera tal que la elección de un polo del binomio excluye taxativamente el otro extremo. El anficentrismo permite superar esta dualidad al curvar la dicotomía y hacer que sus extremos se toquen o queden en una proximidad que le permita librarse del criterio antinómico. Se parte, en consecuencia, del presupuesto de que todo texto divergente

es ontológicamente presente y ausente, de modo que el crítico pueda establecer las respectivas semiosis intensionales y extensionales del texto y del no-texto.

Se asumen con suficiente solvencia crítica los textos del sonido, aquellos plagados de fonemas, pero ¿qué hay de los *textos del silencio*?: «La ausencia de discurso es una posibilidad semántica sin límites. Mientras es posible dar con la palabra precisa, el silencio acertado es casi irrealizable y, a su vez, solo cobra sentido desde el logos enunciado» (Alayón, 2024). El mundo es, en efecto, una construcción lingüística, con lo cual el logos explícito se constituye en límite de aquel (Wittgenstein *dixit*), pero los textos del silencio hacen que dichos confines puedan devenir en evanescentes.

La sentencia final de Hamlet («The rest is silence») antes de morir no habla de una ausencia de palabras, sino de la equivocidad del silencio indiciario: «Más allá de la palabra está el logos del silencio, una nada discursiva poblada de múltiples sentidos» (Alayón, 2024). Cuando el crítico asiste al *insigth* que le revela el sentido del texto divergente, aparecen inmediatamente dos fronteras: una es el contorno, claro y preciso —diríamos que wittgensteiniano—, del presentismo verbal. La otra es la supresión del lenguaje cuya polisemia se deja interpretar vagamente desde el silencio hermenéutico, aquel en el que se puede escuchar ontológicamente *lo no dicho de lo dicho*. Por tanto, los límites del texto divergente son dos: el lenguaje y el *tacitum scripti*.

Se introducen, pues, dos nociones correlativas: *silentium* y *tacitum*. El *silentium* ('lo silenciado') es aquello que no se dice porque no hay nada que decir. El *tacitum* ('lo callado'), por el contrario, es lo que *no se dice* porque, pudiendo decirlo, se elige callarlo respecto de una *intención*. Ambos son no-textos con semánticas extensionales distintas. El *silentium* es mudez unívoca, vacuidad monosémica. El *tacitum scripti* es elipsis equívoca, omisión polisémica, *antisigno* cuya semiosis opera a la inversa de la del signo textual.¹⁴ Ambos actúan

¹⁴ Siendo un *antisigno*, el *tacitum scripti* no parte del signo textual, sino de su elisión, por tanto, es desde esta elipsis que se construye la semántica intensional, de modo que el sentido lógico del signo se invierte al ser el significado el que reclame su significante, suerte de epifanía verbal a la que el lector y el crítico asisten como oficiantes de una semántica extensional necesariamente equívoca y plural.

al interior del texto divergente, pero el *tacitum* posee un valor indicioso que no tiene el *silentium*, pues toda elisión es sospechosa (Alayón, 2020), todo lo cual está en el terreno de la retórica elocutiva, y también ella está bajo sospecha.

Se ha hablado del *sfumato* semiótico, que no es otra cosa que el aura sígnica del *tacitum scripti*, una factibilidad polisémica que está más allá de la polisemia verbal. «Verbo y silencio se transustancian en lo tácito, un silencio fecundo en el que *lo no dicho de lo dicho* se carga de infinitas resonancias» (Alayón, 2024). Se entra así al terreno de la paradoja inherente al discurso divergente. El crítico debe leer tanto el *verbum* del texto perlocutivo divergente como el *tacitum* (propiedades anficéntricas), solo que ambas lecturas requieren instrumentales diversos que se reparten la pragmarretórica y la deconstrucción textual.

El papel de la crítica pragmarretórica deconstructiva es el de interpelar la máscara del lenguaje, sus innumerables sentidos ocultos. La presencia pasa, de esta manera, a estar tutelada por la ausencia deviniendo en presencia invocada desde el ausentismo, de modo que, permitiendo la *intuición intelectual* del *tacitum*, se favorece, de un modo luminoso,¹⁵ la revelación de lo que no está, el desocultamiento de lo que inicialmente ha sido elidido del texto o camuflado. Este sería el *insigth* propio de esta manera de hacer crítica pragmarretórica deconstructiva.

El logos oculto de las cosas, crítica y desocultamiento

Antes de abordar finalmente la cuestión de la implicación retórica en la deconstrucción de textos divergentes, es necesario hacer un paréntesis para incorporar la noción hofmannsthaliana de *logos de las cosas mudas*,¹⁶ dadas sus implicaciones en la noción demaniana de *presencia*, la noción heideggeriana de desocultamiento y la noción zambraniana de *razón poética* —si bien el desarrollo teórico de Hofmannsthal es previo al de Man, Heidegger y Zambrano—, y porque permite tocar tangencialmente el asunto de la

¹⁵ Valga recordar que el término *lucidez* proviene de la palabra latina *lucidus*, y que esta pertenece a la familia de *lux*, *lucis* ('luz, brillo, resplandor'), así pues, la lucidez es claridad en el lenguaje, atisbo de la luz. Este, y no otro —menos aún esotérico—, es el sentido en el que debe tomarse en este trabajo el término *iluminación*.

¹⁶ Hofmannsthal no habló exactamente de *logos de las cosas mudas*, pero es posible inferirlo sin margen de error de su *Carta a lord Chandos*.

crítica de textos literarios, que comparten cierto poder suasible con los textos perlocutivos divergentes.

En su *Carta a lord Chandos* (2002), publicada en 1902, el escritor vienés Hugo von Hofmannsthal habla del logos de las cosas mudas: «La lengua en la que tal vez me habría sido dado no solo escribir, sino también pensar no es el latín, ni el inglés, ni el italiano, ni el español, sino otra de la que no conozco palabra alguna, una lengua en la que me hablan las cosas mudas» (Hofmannsthal, 2002, pág. 262). El problema con Hofmannsthal es que «entiende el mundo como un conflicto cuya tensión se resuelve en la complementariedad de los contrarios» (Narbona, 2003), así que responde al paradigma antinómico de Heráclito. Sin embargo, interesa de él su concepción heraclítica de una armonía oculta en correspondencia con el λόγος (*logos*).¹⁷

De la *Carta a lord Chandos* se desprende la existencia de un logos tácito cuya expresión sería indecible en la armonía ostensible, al menos directamente. Podría decirse, parafraseando el fragmento 91 de Heráclito, que *no es posible intuir el logos dos veces de manera idéntica*, pues logos y razón serán distintos en cada caso. Quedan, por tanto, el recurso de la evocación y eso que Kant llamó imaginación productiva (2010). Justo en este punto se precisa de la noción mediadora de *razón poética*, desarrollada por María Zambrano.

Zambrano, que parte del raciovitalismo de Ortega y Gasset y su teoría del *logos de las circunstancias* (Ortega y Gasset, 1966), se deslinda parcialmente de este y propone su tesis de la *razón poética*, cuyo punto de partida es «ir rectamente al corazón de las cosas» (Zambrano, 1998, pág. 30). Más tarde afinará su instrumental fenomenológico sumando a él la perspectiva husserliana en la necesidad de una receptividad pasiva. Esta razón pasiva

¹⁷ La alusión a Heráclito aquí es de capital importancia, pues es la fuente liminar de Hofmannsthal. En sus *Fragments*, el 54 exactamente, el filósofo presocrático dice: «La armonía oculta es superior a la evidente» (Cappelletti, 1972, pág. 92), esto es, que hay en el mundo una armonía ostensible y otra *tácita*, para cuyo desocultamiento debe atenderse al λόγος (*logos*), que podemos traducir, en este contexto, como 'sentido, razón de ser de las cosas'. Ahora bien, dada la polisemia del término griego (*logos* también significa 'palabra, lenguaje'), podemos decir que dicho sentido oculto demanda también un lenguaje tácito. Recuérdese que Heráclito de Éfeso es el filósofo del fluir vital, de modo tal que concebía el mundo como *enantiodromía* (ver nota 12).

deviene en razón poética cuando logra salir de la cárcel de la conciencia, es decir, que aquel viaje «al corazón de las cosas» pasa por un silencio parentético de la conciencia, un *tacitum conscientiae*. En consecuencia, el vector gnoseológico de la fenomenología zambrana no es solo la razón, sino el *saber del alma* (Zambrano, 1998), «ese modo en que la experiencia se nos da en tanto que sujetos emancipados de la conciencia inmediatista» (Alayón, Prolegómenos a una ontología del lenguaje poético, 2021, pág. 162), modo en el que Zambrano resuelve la inefabilidad del logos en Hofmannsthal.

Así pues, el escritor —que extrae de las cosas y sus circunstancias un logos oculto poniendo temporalmente en suspenso su conciencia— contempla el mundo desde el *saber del alma*, de modo tal que permita que su afato poético transustancie su racionalidad en razón poética e intente desde ella producir la obra de arte, que es fiel al ocultamiento original del logos, manteniendo así el carácter desviacional de los signos empleados para cubrir retóricamente el rostro de la semiosis extensional de su obra con la máscara de la semántica intensional.

El crítico, por su parte, debe también suspender parentéticamente su conciencia ante el texto divergente para que pueda «escuchar» sin prejuicios la mascarada retórica a la que asiste. Solo de este modo comienza a abandonar su ceguera metodológica en pro de una lucidez menos embarazosa. Téngase presente que la palabra es fecundante... y aún más el *tacitum*.

Derrida y el problema del «ocultamiento de la textura»

No se puede hablar de retórica sin antes considerar el problema derridiano del «ocultamiento de la textura» (claramente tropocéntrico), para lo cual es necesario traer a colación el inicio de «La farmacia de Platón», ensayo recogido en *La diseminación*:

Un texto no es un texto más que si esconde a la primera mirada, al primer llegado la ley de su composición y la regla de su juego. Un texto permanece además siempre imperceptible. La ley y la regla no se esconden en lo inaccesible de un secreto, simplemente no se entregan nunca, en el *presente*, a nada que rigurosamente pueda ser denominado una percepción. [...]

El ocultamiento del texto puede en todo caso tardar siglos en deshacer su tela. La tela que envuelve a la tela. Siglos para deshacer la tela. Reconstituyéndola así como un organismo. Regenerando indefinidamente su propio tejido tras la huella cortante, la decisión de cada lectura. Reservando siempre una sorpresa a la anatomía o a la fisiología de una crítica que creería dominar su juego, vigilar a la vez todos sus hilos, embaucándose así al querer mirar el texto sin tocarlo, sin poner la mano en el «objeto», sin arriesgarse a añadir a él, única posibilidad de entrar en el juego cogiéndose los dedos, algún nuevo hilo. Añadir no es aquí otra cosa que dar a leer. (Derrida, 1997, págs. 93-94)

Es de capital importancia este texto de Derrida porque permite introducir un concepto —que permitiría entender el problema derridiano del tropocentrismo, esa necesidad de «interrogar incansablemente a las “metáforas”» (Derrida, 1997, pág. 114)—: la *semiosis postergada*:

Cuando al *lenguaje interior* producido en el ascenso abstractivo —propio de la razón simbólica— corresponde un *lenguaje exterior* que rompe su *vínculo discursivo de contemporaneidad*, sobreviene, en nuestra forma de ver las cosas, lo que hemos dado en llamar *semiosis postergada*, es decir, el retardo de la simultaneidad entre enunciación y enunciado. A esta ruptura corresponde otra más profunda, la del temporal *hiato ontológico* entre el alma y el *ánima mundi* como partes constitutivas del símbolo de la belleza.

Las razones para construir la *semiosis postergada* pueden ser múltiples y deliberadamente asumidas o no; pero, en todo caso, supondrán una temporal anulación del símbolo textual, que se revelará, posteriormente y con inusitada fuerza, cuando la audiencia a la que dicho símbolo fue destinado alcance también el ascenso abstractivo que produjo aquel y, con ello, su correspondiente discursividad. (Alayón, Mínimo prolegómeno al idealismo simbólico (II), 2021)

Al principio de *La farmacia de Platón*, Derrida deja claro que los juegos de palabras (*Sprachspiel* en términos wittgensteinianos) «no se entregan nunca, en el *presente*, a nada que rigurosamente pueda ser denominado una percepción», remarcando, además, las cursivas en el término «presente». Esto significa mucho más de lo que parece. Estas reglas, que son las que encriptan el juego a los extraños, preservan el ocultamiento del texto. Sin ellas sobreviene la semiosis postergada. Un claro ejemplo de ello se tiene en el poeta venezolano José Antonio Ramos Sucre, cuya obra poética no fue comprendida hasta cuatro o cinco décadas después de su deceso (1930). Incluso hoy sigue siendo un reto la comprensión de su obra.

Este ocultamiento del *estatuto textual* se presenta ante «una crítica que creería dominar su juego» porque responde a la ceguera demaniana del método, de la cual solo podrá librarse al «entrar en el juego cogiéndose los dedos, [añadiendo] algún nuevo hilo». Para Derrida, la adición significa *leer*. El acto de la lectura no debe ser una directa y precisa equivalencia de la escritura porque la metáfora pertenece a un sistema orgánico y,¹⁸ como tal, mutable, lo que implica el permanente cambio de la semántica intensional/extensional (Derrida, 1997).

No se puede pasar por alto la conexión entre esta concepción derridiana y la noción de *metáfora viva* de Ricœur, vinculada a la *mímesis*, que uno y otro entienden — aristotélicamente— no tanto como imitación en cuanto que *reconstrucción* fabulada de la realidad (Ricœur, 2000). El asunto aquí es que no resulta sorprendente la inclusión de la prerrogativa mimética porque sostiene el mismo grado paradójico que reclama para sí el deconstructivismo, pues, ciertamente, la *mímesis* es, de una parte, un ordenamiento de la realidad mimetizada en el texto, pero, de otra parte, este ordenamiento entra en tensión con

¹⁸ No olvidemos la dilatada consideración que Derrida hace en *La farmacia de Platón* sobre el carácter orgánico de la metáfora y sus implicaciones filiatorias con el padre. Es del mayor interés porque, en algún sentido, la metáfora adquiere para sí una autonomía semiótica que es causa de las dificultades interpretativas del texto trópico, y que lo conduce hacia la divergencia y la semiosis postergada cuando se aproxima a los límites del lenguaje.

el carácter desarticulado de la creación textual. De nuevo la cuestión está en el terreno del anficentrismo.

La metáfora, por tanto, depende de dos gestos miméticos que pertenecen a la «ley y reglas» del juego, un juego que está regido por la contradicción, «esta oposición consigo de lo dicho contra la escritura, dicho que se dice contra sí mismo desde el momento en que se escribe, que escribe su identidad y alza su propiedad contra ese fondo de escritura» (Derrida, 1997, pág. 240). En Derrida, el ocultamiento de la textura verbal resulta de un juego trópico, lo cual no es una novedad, pero sí el hecho de que una dimensión del texto reclamaría para sí cierto carácter orgánico que pareciera emanciparse de la voluntad procesual del autor, de modo que pareciera ordenarse ella misma en su propio ocultamiento en orden a negarse a una semiosis inmediata, decantando una discursividad que terminará siendo extemporánea.

Retórica General Textual, Deconstrucción y Discursos Divergentes

Si bien la retórica es parte importante del instrumental deconstructivista, no le es esencial. He aquí la paradoja. Todo buen análisis deconstruccionista terminará prescindiendo de la retórica una vez que esta haya cumplido su cometido, esto es, la retórica desnudando a la retórica: «La retórica no podrá entonces enunciarse ella misma, y su posibilidad, más que dejándose llevar en el trazo suplementario de una retórica de la retórica» (Derrida, 2017, pág. 232). Así pues, esta «retórica de la retórica» no es otra cosa que una retórica especular, una retórica del reflejo, obligada a mirarse en el estanque. Se cruza así al terreno de la erótica textual, ¿y que es en parte la retórica sino una suerte de erotización del texto?

Las operaciones constituyentes de discurso (Albaladejo, 1991), es decir, la *inventio*, la *dispositio* y la *elocutio* —las cuales conforman la retórica general textual en tanto que enfoque totalizante que intenta conectar ideología, estructura y estilo, respectivamente—,¹⁹

¹⁹ Para una comprensión aproximativa de la retórica general textual, véase *Retórica como ciencia de la expresividad (presupuestos para una retórica general)* (García Berrio, 1984), *Retórica* (Albaladejo, 1991), *Polyacroasis in Rhetorical Discourse* (Albaladejo, 1998) y *Prolegómenos a una teoría general de las figuras* (Arduini, 2000). Albaladejo, hacia la década de 2010, reorientó su constructo teórico hacia la retórica cultural, sin perder el carácter totalizante de la escuela fundada por él y García Berrio.

contribuyen notablemente a la producción/procesamiento de los textos divergentes, pero la dimensión trópica de la *elocutio* es la que más interesa en el marco de este estudio. En estudios posteriores se abordará el valor suasible-estructural de la *dispositio*.

En tal sentido, la retoricidad elocutiva de un texto persuasivo divergente podría entrañar cierta erótica textual, puesto que aquel se construye en virtud de una intención seductora en la que los actos de habla ilocutivos y perlocutivos están orientados a crear en el lector —incluso crítico— un tipo de ceguera que predispone al deseo y ansia del goce textual. No escapando de la seducción, la imaginación puede constituirse en un fermento problemático del texto y, en especial, del no-texto. Así pues, determinadas figuras retóricas devienen en portadoras de una sensualidad adictiva que favorece algún tipo de caricia sobre la inteligencia. Se está, así, en el resbaladizo territorio del placer textual.

«El placer del texto [decía Barthes] no es forzosamente un placer de tipo triunfante, heroico, musculoso. Ninguna necesidad de cimbrearse» (Barthes, 1974, pág. 28). Esto ocurre por virtud de las intermitencias retóricas del texto de las que, a su vez, la retórica puede dar buena cuenta permitiendo rescatar «la moneda lógica [que] está en los intersticios» (pág. 16). En la erótica textual del discurso persuasivo (divergente o no), no hay dominación, sino *subsunción*: lejos de necesitar sentirse sometido por la retoricidad del texto, el lector se subsume a esta en la ilusión de entregarse a un abarcamiento cultural. La cultura, no pocas veces, es una trampa siendo, a un mismo tiempo, la totalidad sin la cual la metáfora se vuelve estéril.

El lenguaje siempre es sombra de otro lenguaje, y flota a la deriva de la cultura. Por su parte, el autor es un tejedor de naufragios textuales porque entiende el valor relacional de lo diverso y lo ofrece, intermitente, al lector. En estos pequeños infartos retóricos está la clave del ocultamiento y de la erótica textual que, a su vez, convierte en archipiélago la soledad insular de los signos, pero la geografía de este goce textual es diferente con cada relectura, de modo que cuando el lector cree que se ha apropiado del texto, ya es otro, diverso y divergente. Hay en la producción textual de discursos perlocutivos divergentes una conjunción de la *techné* y el *eros*. Los estructuralistas olvidaron este principio y, en

consecuencia, redujeron el texto a simple artefacto literario, a producto técnico de un artesano.

Ahora bien, ¿cuáles son los recursos retóricos que propalan la erotización textual del discurso persuasivo divergente? La *ironía* quizás sea uno de los más finamente sensuales. Hay en ella un despliegue de picardía del signo que se hace al unísono deseable y esquivo. Suele ser un derroche de seductora inteligencia. En el discurso irónico, la semántica intensional se gira sobre sí misma en el preciso instante en que iba a desnudar su lógica extensional. La retoricidad del sarcasmo en el discurso divergente perlocutivo supone un finísimo y lúcido escote verbal ante el cual la razón mira con la imaginación y no con la lógica, a la espera del *gesto retórico* que haga ostensible el objeto de deseo... pero ya es tarde. La ceguera se ha instalado en la mirada del lector, devenido en voyerista.

Pero no todo es el placer de *casi ver*. La retoricidad perlocutiva divergente se reserva para sí la posibilidad del ocultamiento total. La *metáfora* supone el placer textual de lo no visto, camuflado en el disimulo sensual del lenguaje. Tras el lenguaje desviacional del tropo, se oculta una verdad tentadora cuyas formas apenas palpamos en la invidencia sígnica a la que nos conduce el tropismo del discurso, que deja en manos de la intuición la tiente a ciegas del cuerpo textual. Esta es la posibilidad más divergente del discurso perlocutivo, pues el lector es presa de las trampas del lenguaje con que el propio lenguaje se cubre.

Por su parte, la ausencia propia de la *elipsis* comporta un encanto seductor, un extrañamiento verbal en el que la no-presencia textual es invocada/evocada. Se trata de una inversión del flujo erótico en el que la semántica extensional *reclama* la intensional. Ante el ocultamiento de ciertos signos, el lector sospecha una epifanía intersticial. Otra vez el placer provendrá de lo que no está, pero por ello es tanto más riesgoso.

El *retruécano*, como todo juego de palabras, es un desencuentro entre lo intensional y lo extensional del discurso. En su proximidad, ambos términos del retruécano no pueden tocarse. Se reconocen y desean en su cercanía, en la imposibilidad de ser lo que su opuesto no será. No hay ocultamiento por omisión sígnica, sino por simétrica divergencia. Ante ella, el lector siente el aguijón de la infidelidad y, sin embargo, elija uno o ambos términos, nunca

sabrás con cuál ha decidido quedarse, pues siempre estará a medio camino entre uno y otro. Es una figura retórica anficéntrica.

La erotización retórica del texto remite siempre a una oquedad que se muestra engañosamente en su apelación. Lo oculto no es apelable ostensiblemente, de modo que la lectura crítica de dicho tipo de textualidades apenas puede intuir y palpar la esbeltez de la *inventio* bajo las sinuosidades de la *elocutio*. Signos y referentes recurren al *tacitum* para ceñirse una investidura sensual, seductora y erótica que emplaza a la imaginación — la imaginación productiva de Kant (2010)— a engendrar el símbolo como espacio textual del sentido intensional/extensional.

Dicha productividad —que debe ser entendida como *la función trascendental de la imaginación que sintetiza en unidad la multiplicidad del fenómeno* (Kant, 2010)— supone unir lo diverso mirando la retoricidad textual desde la retórica. Esta vendría a ser la posibilidad de unir lo intensional y lo extensional, el *logos* y el objeto de deseo, respectivamente, en el seno fecundo de la *imaginación productiva*.

En otro orden de ideas, a todo texto retórico corresponde un hecho retórico, esto es, una «construcción en la que las relaciones sintácticas, semánticas y pragmáticas están solidariamente establecidas y proporcionan una unidad semiótica global a la comunicación retórica» (Albaladejo, 1991, pág. 43). Ahora bien, al hecho retórico en los textos perlocutivos le incumbe su correlativo hecho social, pues todo texto persuasivo supone el dilema de tomar o dejar la postura propuesta. Se trata, pues, de una tipología textual que compromete un gesto volitivo en su procesamiento.

Por otra parte, si el texto retórico-perlocutivo pertenece a una familia de textos y hechos retóricos, aunados a una cosmovisión ideológica, aquel se inserta en un *campo retórico*, que «incluye los hechos retóricos actualizados y actualizables [...] [y que] define los límites comunicativos de una cultura» (Arduini, 2000, págs. 47-48). La capacidad de actualización del hecho retórico es intrínseca a la noción de *campo retórico* por virtud del devenir de la semiosis que sostiene, interna y externamente, los textos perlocutivos, y que

opera por causa de los intermediarios textuales, a cuya clase pertenece el crítico, solo que inscrito en el *hecho retórico extendido*.²⁰

Dicho intermediario-intérprete pasa de ser un procesador textual en la audiencia original a convertirse en un productor textual en la audiencia extendida, de modo que ambos, texto y metatexto, pertenecen a una misma familia de hechos retóricos. La interdiscursividad que se produce entre ambos textos es susceptible de ser estudiada desde una retórica cultural que precise «la función cultural de las distintas clases de discursos» (Albaladejo, 2009, pág. 16; 2005; 2016). En todo caso, la retoricidad del texto perlocutivo divergente no puede ser mirada desde una retórica restringida al estilo de la del Grupo μ , sino desde una retórica totalizante, en la que las relaciones sintácticas, pragmáticas y semánticas del texto sean atendidas integralmente.

Los textos retórico-perlocutivos divergentes, como ya se ha dicho, ofrecen una gran dificultad al crítico, puesto que en ellos el flujo lógico de la semántica intensional/extensional está interrumpido, y si bien la pragmalingüística y el análisis crítico del discurso ofrecen un instrumental heurístico y crítico de gran nivel, hay aspectos de los que la crítica pragmarretórica deconstruccionista puede ocuparse con mayor solvencia. La divergencia es común a una amplia tipología textual, pero adquiere características muy complejas cuando, por ejemplo, se la estudia en textos perlocutivos del ámbito político demagógico, pues el productor textual no es inocente y procura para su texto una mascarada efectiva.

Conclusiones

Los textos perlocutivos divergentes, dada su complejidad semántico-intencional y extensional, han de ser mirados por la crítica con un instrumental ecléctico y amplio que

²⁰ La noción de *hecho retórico extendido* ha sido propuesta para resolver una carencia de categorización teórica para el intermediario/intérprete de un texto retórico entre dos hechos retóricos: «Llamaremos *hecho retórico extendido* a aquel hecho retórico en el cual el emisor es intermediario-intérprete de un texto retórico enunciado en el marco de otro hecho retórico. Esta categoría conceptual la fundamos en la noción de *poliacroasis* propuesta por Albaladejo (Albaladejo, 1998; 1998-1999; 2000; 2009), según la cual “el discurso retórico está dirigido a unos receptores que se caracterizan por... su audición plural, por ser un auditorio plural, un conjunto de oyentes diversos que realizan múltiples actos de audición/interpretación del discurso” (2000, pág. 7)» (Alayón, 2017, pág. 127).

combine dispositivos de análisis de lingüística textual, pragmática y retórica, en una perspectiva deconstruccionista y al margen de cualquier logocentrismo. Así pues, el análisis pragmarretórico deconstructivo busca interpretar dicha tipología textual en la mayor amplitud posible para conseguir el mejor índice de desocultamiento de sentidos paradójicos. La *pragmadeconstrucción retórica* explora en la profundidad de la equívocidad para ascender desde allí hasta una suerte de *sfumato* semiótico.

En virtud de que el crítico parece condenado a decir sobre la obra algo distinto de lo que quiere decir, producto de su ceguera metodológica, queda expuesto a la visión y al correspondiente *insigth* (Man, 1991). Esta revelación (*insigth*) coloca los límites de la semiosis más allá del lenguaje. Allí es posible el *sfumato* semiótico que pone en crisis la semántica extensional. Dicho *sfumato* produce que la semiosis se doble sobre sí misma generando la divergencia textual. Considerar tal operación como inmanente no es sino negarle al texto divergente la posibilidad de trascender el *afato* (discurso interior) en el discurso exterior. De todos modos, parte de esta inmanencia de la que habla Man es considerada por él como causa de la ceguera metodológica.

Ahora bien, partiendo de la concepción de que el texto perlocutivo divergente es a un mismo tiempo inmanente y trascendente, se hace necesario proponer el término *anficéntrico* para definir tal tipología textual: aquellos entes textuales anfiésenciales (que poseen dos esencias), sin que se excluyan mutuamente ambas substancias en la entidad textual. Por esta vía es posible superar la ceguera del método de la que habla Man, que no se asume tanto como un problema de inmanencia cuanto de déficit de anficentrismo. Visto así, el *insigth* demaniano no sería inmanente, sino que se da en proporción a la trascendencia del discurso crítico no solo hacia los transtextos, sino con mayor razón hacia los teletextos (texto que supera los límites impuestos al texto original por sus transtextos).

Se trata de un asunto que es correlativo de la no-presencia textual, los no-textos, contruidos en función del *tacitum scripti*, aquello que se calla respecto de algo o alguien, de modo que los límites del texto divergente son dos: el lenguaje y el *tacitum*, cuya aura

polifónica es el *sfumato* semiótico, factibilidad polisémica que está más allá de la polisemia verbal.

El crítico, por consiguiente, debe leer tanto el *verbum* del texto perlocutivo divergente como su alteridad anficéntrica, el *tacitum*, solo que ambas lecturas requieren instrumentales diversos que se reparten la pragmarretórica y la deconstrucción textual. El papel de la crítica pragmarretórica deconstructiva sería el de interpelar la máscara del lenguaje.

Esta máscara tiene mucho que ver con el logos oculto de las cosas, cuya expresión en la armonía ostensible sería indecible, al menos directamente (Hofmannsthal, 2002), salvo si se vacía epojéticamente la conciencia para viajar a la esencia de las cosas y, desde el saber del alma, interpretarlas (Zambrano, 1998) por virtud del *afato*, ascenderlas a la razón poética. El *tacitum conscientiae* es la correspondencia ontológica del *tacitum scripti*. Este ocultamiento de la textura verbal genera finalmente la *semiosis postergada*, suerte de hiato semiótico que también es responsable de la ceguera de método.

Ahora bien, en todo texto divergente hay un estatuto legal que el autor oculta al crítico en una suerte de juego trópico cuya intermitencia inviste la retoricidad del texto de cierto erotismo textual. El juego textual alcanza otras cotas más seductoras, y la retórica, en consecuencia, debe dar cuenta de la retórica, mirarse en el espejo. La cuestión queda, por tanto, en el terreno del placer textualmente trópico, que es donde reside la facultad seductora del texto perlocutivo divergente.

La erotización perlocutiva del texto remite siempre a una oquedad que se muestra engañosamente en su apelación. Lo oculto no es apelable ostensiblemente, de modo que la lectura crítica de aquel tipo de textualidad apenas puede intuir y palpar la esbeltez de la *inventio* bajo las sinuosidades de la *elocutio*. Signos y referentes recurren al *tacitum* para ceñirse una investidura sensual, seductora y erótica, que emplaza a la imaginación a engendrar el símbolo como espacio textual del sentido intensional/extensional, aquello que Kant llamó *imaginación productiva*.

Ahora bien, y para concluir, la textura retórica gana para el texto la posibilidad de verse adscrito a algún campo retórico (Arduini, 2000), noción esta que emparenta al análisis retórico pragmadeconstructivo con la retórica cultural. En este punto, es esencial regresar al principio para entender que en el seno del deconstruccionismo retórico habita una contradicción que, lejos de ser problemática, representa una ventaja para el análisis pragmarretórico deconstruccionista: parte del fundamento de respetar la amplitud de la lógica semántico-intensional y extensional y, al mismo tiempo, permite interpretar, pese a la equivocidad, el sentido más relevante de un texto divergente.

Referencias

- Aguilar, A. (2004). *Retórica y postestructuralismo: Introducción a la materialidad del lenguaje en teoría literaria*. Universidad de Valencia.
- Aguilar, A. (Enero de 2012). El grado cero retórico y la neoretórica: La lectura tropológica. *Tonos. Revista Electrónica de Estudios Filológicos*(22). <https://bit.ly/3JcRwSV>
- Alayón, J. (2017). El discurso persuasivo en Chiara Lubich como sfumato de las fronteras humanas: Estudio de las categorías retóricas en *El grito*, de Chiara Lubich, y su aplicación a comunidades de discurso polarizadas políticamente. En Á. Lombardi, P. Muniz, & F. Gomes, *Memorias del VII Seminario de la Red Universitaria para el Estudio de la Fraternidad (RUEF): Fraternidad, reconciliación y diálogo en frontera* (págs. 119-129). ASCES-UNITA.
- Alayón, J. (2 de octubre de 2020). Silencio. *El Nacional*. <https://bit.ly/2GwtbK8>
- Alayón, J. (4 de junio de 2021). Mínimo prolegómeno al idealismo simbólico (II). *El Nacional*. <https://bit.ly/3yoAsTP>
- Alayón, J. (2021). Prolegómenos a una ontología del lenguaje poético: Síntesis de las propuestas de Novalis y María Zambrano. *LÓGOI Revista de Filosofía*, 23(40), 156-169. <https://bit.ly/3kNeBSS>
- Alayón, J. (16 de febrero de 2024). Lo demás es silencio. *El Nacional*. <https://tny.im/7bI6>
- Albaladejo, T. (1991). *Retórica*. Madrid: Síntesis.

- Albaladejo, T. (1998). Polyacroasis in Rhetorical Discourse. *The Canadian Journal of Rhetorical Studies*(9), 155-167.
- Albaladejo, T. (1998-1999). La poliacroasis como componente de la comunicación retórica. *Tropelias: Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*(9-10), 5-20.
- Albaladejo, T. (2000). Polifonía y poliacroasis en la oratoria política: Propuestas para una retórica bajtiniana. En M. Labiano, A. López, & A. Seoane, *Retórica, política e ideología: Desde la Antigüedad hasta nuestros días* (Vol. III, págs. 11-21). Gedisa.
- Albaladejo, T. (2005). Retórica, comunicación, interdiscursividad. *Revista de Investigación Lingüística*, 8(1), 7-33.
- Albaladejo, T. (2009). La poliacroasis en la representación literaria: un componente de la Retórica cultural. *Castilla. Estudios de Literatura*(0), 1-26.
- Albaladejo, T. (2016). Cultural Rhetoric: Foundations and Perspectives. *Res Rhetorica*(1), 17-29. <https://doi.org/doi.org/10.17380/rr2016.1.2>
- Arduini, S. (2000). *Prolegómenos a una teoría general de las figuras*. Murcia: Universidad de Murcia.
- Barthes, R. (1974). *El placer del texto*. (N. Rosa, Trad.) Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cappelletti, A. (1972). *Los fragmentos de Heráclito*. Caracas: Nuevo Tiempo.
- Culler, J. (1975). *La poética estructuralista. El estructuralismo, la lingüística y el estudio de la literatura*. Barcelona: Anagrama.
- Derrida, J. (1997). *La diseminación*. (J. Arancibia, Trad.) Madrid: Fundamentos.
- Derrida, J. (2017). *Psiché: Invenciones del otro*. Buenos Aires: La Cebra.
- García Berrio, A. (1984). Retórica como ciencia de la expresividad (presupuestos para una retórica general). *Estudios de Lingüística*, 7-59.
- Genette, G. (1989). *Palimpsestos: La literatura en segundo grado*. (C. Fernández, Trad.) Madrid: Taurus.
- Harris, M. (1979). *El materialismo cultural*. Madrid: Alianza.
- Heidegger, M. (1985). *La pregunta por la cosa*. Barcelona: Orbis.

Hofmannsthal, H. v. (2002). *Poesía lírica, seguida de Carta de lord de Chandos*. (O. Jiménez, Trad.) Tarragona: Igitur.

Kant, I. (2010). *Crítica de la razón pura*. (M. Caimi, Trad.) Fondo de Cultura Económica.

Kibedi, A. (1970). *Rhétorique et littérature. Études de structures classiques*. París: Didier.

Lentricchia, F. (1990). *Después de la nueva crítica*. Madrid: Visor.

Llull, R. (1985). *Libro del ascenso y descenso del entendimiento*. Barcelona (España): Orbis.

Man, P. (1990). *Alegorías de la lectura: Lenguaje figurado en Rousseau, Nietzsche, Rilke y Proust*. Barcelona: Lumen.

Man, P. (1991). *Visión y ceguera: Ensayos sobre la retórica de la crítica contemporánea*.

(H. Rodríguez, & J. Lezra, Trans.) Río de Pieras: Universidad de Puerto Rico.

Narbona, R. (febrero de 2003). El silencio de Hofmannsthal. *Revista de Libros*(74).

<https://bit.ly/3kOZBze>

Ortega y Gasset, J. (1966). *Meditaciones del Quijote*. Madrid: Revista de Occidente.

Pozuelo Yvancos, J. (1988). *Del formalismo a la neoretórica*. Madrid: Taurus.

Ricœur, P. (2000). Retórica, Poética, Hermenéutica. En M. Valdés, *Con Paul Ricœur:*

Indagaciones hermenéuticas (págs. 123-138). Barcelona: Azul Editorial.

Zambrano, M. (1998). *Delirio y destino*. Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces.